

Una visión de los japoneses y su arquitectura

IGNACIO CRUZ R.*

El Japón, la comarca más bella de la tierra, fue el primer país que se creó. Era tan hermoso, que los dioses no consideraron a simples mortales para gobernarlo.

Por consiguiente, el dios Sol envió a Ninigi, su nieto celestial, con un gran séquito de dioses y éste llegó a ser Emperador del Japón.

La religión más antigua de los japoneses es el shintoísmo, combinación de culto a los antepasados y de culto a la naturaleza. En los siglos séptimo y octavo fue introducido el budismo desde China. El Emperador y su corte se convirtieron pronto a la nueva religión, así como la mayor parte de la población. La cultura, el arte y la ciencia chinos se extendieron pronto por el Japón e influyeron rápidamente en toda la nación.

En 1542 desembarcaron en Japón los primeros europeos, y tres años después llegaron los portugueses para comerciar, siguiéndoles los españoles y los holandeses.

Los japoneses recibieron a todos en forma cordial y durante mucho tiempo mantuvieron con ellos un intercambio muy lucrativo. Llegaron también misioneros cristianos e hicieron muchos prosélitos. Sin embargo, estas condiciones no duraron mucho tiempo, pues a comienzos del siglo siguiente el cristianismo fue prohibido y suprimido con la mayor crueldad y se expulsó del país a todos los extranjeros.

*IGNACIO CRUZ R.: Ingeniero y arquitecto. Estudió durante 2 años en Japón, ejerce actualmente en Concepción.

En 1637 se aprobó una ley que prohibía a los europeos vivir en el Japón y a los japoneses abandonar el país. Se hizo una excepción en este decreto: se permitió mantener a los holandeses una pequeña estación de comercio en Nagasaki, puerto de la isla de Kyushu.

En los 200 años siguientes, el Japón permaneció completamente apartado del mundo. Durante ese período no se construyó ningún buque lo suficientemente grande para servir en el comercio exterior y se destruyeron todos los grandes barcos existentes. No prosperaban sino las industrias domésticas, hijas del taller familiar, tales como tejidos, tinturas, bordados, artículos de metal, tallados, alfarería y escultura en madera, todo lo cual era primorosamente realizado.

Sólo a mediados del siglo XIX comenzó el rápido desarrollo del Japón.

El deseo por estudiar e imitar la naturaleza, por estar en contacto con ella y amarla, es una instintiva actitud del pueblo japonés, que se muestra en sus costumbres y en su arte.

El centelleo de las estrellas, el crecimiento de una flor, el pasar de una nube o el canto del agua entre las piedras, hablan de la belleza como principio vital del orden natural y es la contemplación la que permite al hombre acercarse a la naturaleza, alimentar su espíritu, incrementar y afirmar su ser interior.

El genio poético y el espíritu trascendental de la contemplación del budismo zen están en estrecha relación con la cultura japonesa.

Aunque no es éste un análisis del pensamiento japonés (difícil y extenso sería intentarlo), es necesario al menos mencionar estos principios, que son origen de las tradicionales manifestaciones arquitectónicas de este pueblo.

A continuación señalo someramente las principales características de la personalidad del japonés; en una generalización influida por mi experiencia personal y por lo tanto en mayor o menor grado, subjetiva.

Respetuosos de la jerarquía e igualitarios; trabajadores e industriosos; prácticos y escépticos; conservadores y curiosos; tenaces, serios y capaces de imponerse una dura disciplina. Son honrados y diligentes; cumplidores de los compromisos sociales y de las leyes; orgullosos de su cultura y dispuestos a copiar de los extranjeros aquello que les convenga; indirectos en las explicaciones y formales en el trato.

Son respetuosos de los ancianos y muy cuidadosos de los niños, celosos cuidadores de la vida de cada ser humano y de la naturaleza en general; precavidos y tolerantes.

El Japón, con una población de 110 millones, posee el más bajo índice

de homicidios (sólo el 1% del correspondiente a Nueva York), los robos son casi inexistentes, lo que permite descuidar las propiedades y los objetos. Interesante e increíble es ver las tiendas comerciales, que exhiben artículos de alto valor, en vitrinas que se abren desde la calle o locales en que al llegar no hay nadie a la vista cuidando la mercadería.

La siguiente comparación permite ilustrar la diferencia conceptual y el resultado formal existente entre oriente y occidente.

La línea curva característica de los templos japoneses es la expresión de una ley natural, convivencia entre el paisaje y la arquitectura. En el diseño occidental se aplican principios geométricos, formas logradas con el compás y la escuadra, arquitectura que en relación a la naturaleza refleja el deseo de dominarla y no pocas veces a reducir la presencia del paisaje natural a un par de palmeras dispuestas simétricamente. La organicidad de la curva barroca no es una línea casual, sino racionalmente trazada

En el Japón actual hay miles de casas y de edificios construidos con hormigón y acero, pero siguen proyectándose interiores de viviendas en el más puro estilo tradicional.

En otras palabras, las costumbres y el medio cultural en que surgió la vivienda tradicional están aún vigentes en gran medida y por lo tanto, aunque los edificios sean de acero y hormigón, el japonés sigue necesitando un rincón en su casa, que se parezca lo más posible al hogar de sus antepasados. Allí la familia se reúne, sentados sobre los tatamis y en torno a la baja mesa, disfrutan del té verde o del sake.

Si bien en la calle, por lo común, el traje más usado es netamente occidental, en ocasiones especiales lo cambian por un kimono o yukata, este último adecuado al calor del verano.

La casa tradicional japonesa y el jardín que la rodea se concibe como un todo. Al abrir las correderas, el interior se conecta con el exterior y se interpenetran.

CONFUNDIENDOSE

Las hojas del otoño impulsadas por el viento entran suavemente a la casa, ruidos y olores del jardín son percibidos desde el interior. Se puede sentir la naturaleza y convivir con ella. Entonces la casa es realmente una respuesta formal a una actitud frente a la vida y al mundo que nos rodea.

El jardín, generalmente desarrollado en espacios muy reducidos, interpreta una miniaturización del medio natural, en el cual están presentes agua, piedra, tierra y vegetales en un orden aparentemente natural.

Ese orden aparentemente casual responde a simbologías derivadas de las creencias religiosas de los japoneses.

El japonés no es un teorizador, siendo el shintoísmo una extensión de esta característica, ya que no es el culto a divinidades, sino la creencia de ciertos espíritus buenos y malos. Aceptan determinados ritos, pero no explican su contenido espiritual. Es una religión de simbologías referidas más a lo práctico que al perfeccionamiento espiritual.

Percepción e intuición juegan el papel que para los occidentales significa la teoría y el raciocinio.

Después de la Segunda Guerra no hubo manifestaciones arquitectónicas de genio propio. Es algunos años más tarde que aparece una arquitectura, síntesis entre las posibilidades técnicas occidentales y la tradición de los carpinteros japoneses.

Los encofrados de hormigón se realizan con la misma perfección que la utilizada en los trabajos de madera para construir una casa.

El conocimiento tradicional de la utilización de la madera ha marcado profundamente la creación de los arquitectos japoneses.

La normalización, que permite emplear modulaciones siempre beneficiosas a la tecnología de la construcción, ha sido desarrollada por los carpinteros japoneses por cientos de años.

Esta coordinación modular es tan perfecta que alcanza a todos los elementos de la casa, permitiendo que cuando una familia se traslada, bien puede trasladar junto con los muebles, los tatamis, puertas y ventanas.

Lo señalado es fundamental en el desarrollo de la prefabricación, a nivel mundial, pues la falta de coordinación entre los tamaños de las piezas producidas por distintos fabricantes, es problema de todos los procesos industriales de una civilización como la nuestra.

Si se tiene que reconocer la influencia de los arquitectos, también es cierto que la arquitectura japonesa ha creado sus propios elementos, y el arquitecto al enfrentarse al problema, lo repiensa individualmente dándole ese carácter original que es mezcla de lo tradicional y lo actual.

La tradición de los carpinteros japoneses incluye la capacidad de escoger, para un determinado elemento constructivo, una pieza de madera de una belleza particular, así como la cubierta de corteza de ciprés exigía una

especial capacidad de selección y eran los fabricantes de tatamis los que aportaban el cuidado de su terminación.

En Kyoto puede visitarse una construcción, asombrosa expresión de la técnica aplicada por los carpinteros. Al caminar por los pasillos de la casa un sonido de extraña característica es emitido al pisar cualquier punto del entablado. Este sonido permitía una protección contra los intrusos, especialmente los temidos ninjas.

Los maestros actuales manifiestan la misma perfección y concepciones estéticas en la utilización de los materiales modernos, resultando un refinamiento en los detalles constructivos que es excepcional a los ojos de un occidental.

En la arquitectura actual se reconoce justamente el desarrollo de un lenguaje contemporáneo, en que las obras son al mismo tiempo símbolos con raíces tradicionales. Estilo marcado por la tradición, asimilando las técnicas occidentales.

Es frecuente que un arquitecto japonés exprese que es necesario mirar hacia el futuro, consciente de que la tradición está viva, porque entonces es posible afrontarla y sobrepasarla. No se trata de elaborar grandes esquemas para el futuro ni de tener una fe absoluta en el pasado, sino tener conciencia que el camino más vital es la creación en la cual el pasado y el futuro se conjugan.

Historiadores como Leonardo Benevolo han expresado que Japón es hasta ahora el único país donde una tradición distinta de la occidental y no puramente folklórica o contenida en potencia en el ambiente natural—como en América Latina— sino ilustrada y altamente refinada, ha sido impulsada por las aportaciones occidentales, pudiendo desarrollarse de modo original, y alcanzado, a costa de grandes dificultades, resultados de valor internacional.

En primer lugar, es preciso considerar la influencia de la tradición japonesa en la formación del movimiento moderno de Occidente. Desde 1854, cuando los americanos obtienen la apertura de los puertos japoneses para su comercio, comienzan a circular por Occidente los productos del arte japonés, que desempeñan una importante función de estímulo en el ambiente del debate para la reforma de las artes aplicadas.

En 1880 se establece la libertad de cultos, se adopta el calendario gregoriano, el descanso semanal y entra en vigor un moderno código penal. En 1889 se promulga una nueva Constitución sobre el modelo prusiano, en 1890 se publica un nuevo Código Civil y, por fin, en 1898, queda abolida

la jurisdicción consular para los extranjeros. En este momento, el Japón ya victorioso sobre China –en 1895– entra con plena igualdad en el concierto político mundial.

En los dos primeros decenios de la nueva era el gobierno se sirve, sobre todo, de expertos extranjeros; en 1870 se crea un departamento de construcciones al amparo del Ministerio de Ingeniería, y varios arquitectos europeos son enviados al Japón para proyectar los nuevos edificios necesarios, entre ellos se hallan el italiano C.V Capelletti –que construye en 1881 el Museo histórico y los edificios del Estado mayor–, el americano R.P. Bridgens, el inglés J. Condor, el francés C. de Boinville y el alemán H. Ende.

Faltos de toda referencia local, estos proyectistas aplican del modo más riguroso los preceptos del eclecticismo y construyen cada edificio en el estilo apto para su función. Los edificios públicos en el estilo Renacimiento, las iglesias en estilo medieval, y así todo.

El japonés es amante de vivir rodeado de mucha gente y no gusta de vivir una existencia solitaria. La ciudad y la multitud ejercen atractivo sobre ellos. No hay palabras en japonés para expresar el concepto de privacidad, y la única palabra que puede sugerir esa idea es al mismo tiempo sinónimo de soledad y melancolía.

El sentido de privacidad no existe ni siquiera para la pareja. Las puertas de papel traslúcido permiten una semiconexión con el resto de la casa, logrando con ello impedir la sensación del aislamiento del cual no son partidarios.

La sociedad japonesa está dentro de aquellos grupos humanos para los cuales la delimitación de los diferentes espacios no requiere la construcción de muros y cercados, ni siquiera para la obtención de la máxima intimidad, pues basta un gesto o una actitud para saber que una persona quiere aislarse de los demás.

La casa de estilo occidental pretende por el contrario la mayor independencia posible entre las distintas habitaciones. No es raro ver que un dormitorio de estilo occidental para la pareja lo usen con la puerta abierta o con una abertura superior. Los albergues tradicionales muchas veces no tienen cerradura alguna.

La posada japonesa es generalmente un edificio de una planta, hecho de madera muy ligera, para disminuir los riesgos en los constantes terremotos. Incluye numerosas habitaciones separadas por tabiques recubiertos de papel, que permiten ser movidos según las necesidades de alojamiento. Los

pisos, al igual que en la casa tradicional, están cubiertos con esteras de paja de arroz, conocidos como tatamis. Sin excepción en casas, restaurantes o albergues habrá que sacarse el calzado al ingresar, dejándolos en un espacio especialmente acondicionado, junto a la puerta.

La cama o futón es un colchón que reposa sobre el tatami, las sillas se sustituyen por cojines y se utilizan mesas muy bajas. Todo esto ha permitido desarrollar viviendas con recintos cuya utilización corresponde a todas las funciones, exceptuando la cocina y el baño.

Podemos imaginar fácilmente el efecto económico de esta triple funcionalidad, ya que un mismo espacio es comedor, estar y luego dormitorio, una vez que los futones son tendidos sobre los tatamis.

El baño es otro ejemplo de no privacidad, pero también ejemplo de recinto con características distintas a Occidente. Es casi un ritual en el cual se bañan padres e hijos todos juntos sin sentir pudor. Si llega una visita especial, se le ofrecerá un té y luego será el primero en utilizar el baño caliente (o furo), a continuación lo hará el padre y luego el resto de la familia.

Es una tradición que cuando el hijo mayor que se independizó regresa a casa, demuestre su cariño al padre lavándole la espalda.

No sólo para lavarse, sino para relajarse y cultivar amistades, el baño público constituye una tradición que se continúa en la forma de exclusivos y bien equipados clubes destinados a saunas, baños y gimnasia.

Todas estas costumbres tienen relación con el sentido de solidaridad y el espíritu de convivencia que se aprende desde pequeño en las escuelas.

Sin embargo debe señalarse que lo anterior tiende a perderse, por el espíritu de competencia presente especialmente en la juventud actual.

Las tradiciones que marcan la arquitectura se relacionan fuertemente con tres aspectos que resulta importante señalar: clima, topografía y sismos.

El valor de una solución arquitectónica puede ser medido según el grado en que ella da respuesta a las condiciones climáticas. En Japón podemos reconocer una arquitectura que representa protección y adaptación del hombre a su medio natural.

El clima del Japón reúne características muy particulares. Su conocimiento, es prerequisite para analizar y comprender su arquitectura.

La estrecha relación entre el clima, topografías y condiciones sísmicas (que en sentido estricto es parte de la geografía del Japón) obliga a su estudio en conjunto. Estos tres aspectos influyen en la vida y en la arquitectura japonesa.

El clima depende principalmente de la latitud, de su relación con el mar y con otros continentes. Sin embargo, Japón posee lo que podríamos llamar “microclima”, pues difiere de otras zonas ubicadas en la misma latitud y en realidad la influencia del mar no es de importancia definitiva. Su cercanía con el continente asiático le obliga a soportar los fríos vientos que descienden de Siberia.

Japón se ubica entre las latitudes 27° y 45°30' Norte, lo que corresponde respectivamente a las ubicaciones de Port Said en Egipto y Milán al norte de Italia. Centenares de islas conforman este archipiélago que se extiende de noreste a sureste. Cuando en marzo la zona norte de Tohoku soporta aún la nieve, la isla sureña de Kyushu disfruta de la tibieza de un temprano verano.

La cultura que ha heredado el pueblo japonés se ha desarrollado principalmente en las cuatro mayores islas que son, de sur a norte: Hokkaido, Honshu, Shikoku y Kyushu.

El invierno se caracteriza por los monzones: intensos vientos fríos que provienen de China y Siberia. La nieve, aunque se presenta en todo Japón, es más permanente en la zona norte.

En la isla de Hokkaido la nieve llega a alcanzar 3 metros de altura y la temperatura en muchas ocasiones desciende hasta -35°C.

Más hacia el sur la influencia de las montañas permite climas más temperados, aunque la temperatura es siempre cercana a 0°C, el aire es más seco.

Japón tiene uno de los mayores niveles de precipitación de lluvias del globo. Su promedio anual es de 1.770 mm y significa tres veces el de las zonas templadas de Europa y Norteamérica. La isla de Hokkaido, que es la más alejada del Ecuador, tiene un promedio de solamente 1.000 mm y en cambio se acrecienta hacia el sur, donde llega a un nivel de 2.000 mm (Kyushu). Al comenzar el verano, todo soporta las llamadas lluvias de estación (en japonés BAI-U o TSUYU) que son muy importantes para obtener buenas cosechas de arroz.

Durante tres o cuatro semanas cae una llovizna que da al Japón un “ambiente tropical”.

El clima veraniego es similar al de Nueva York, por su alto contenido de humedad. Es una estación de clima poco saludable e inconfortable.

Las estaciones intermedias (otoño y primavera) son las más agradables, con temperaturas moderadas y cielos despejados. Sin embargo, en la parte norte son de corta duración.

En el período comprendido entre fines de agosto y mediados de octubre, principalmente el mes de septiembre, sobreviven cada año los “tifones”, que se aproximan al archipiélago desde el sur o sureste. Vientos y lluvias torrenciales devastadores van señalando su camino. La regularidad con que ocurren estos fenómenos impide concluir que el clima japonés es moderado.

La respuesta arquitectónica a tan divergentes condiciones climáticas es un desafío a sus creadores. Agreguemos a estas condiciones climáticas las características geológicas, representadas por los violentos sismos y tendremos un cuadro más real del medio natural del Japón.

No sólo sus 190 volcanes, distribuidos en todo Japón, revelan sus características sísmicas. Es conocida su ubicación respecto a la gran falla geológica del Pacífico, en permanente “acomodamiento”.

Sismos que se originan en profundidades que oscilan entre 60 y 200 km bajo la superficie transmiten su efecto a las capas superiores de la corteza con mayor o con menor intensidad, según sea la distancia con respecto al foco en que se originó el movimiento.

Consecuencias de esos terremotos han sido destrucción con devastadores incendios y pánico.

El desarrollo tecnológico que en este sentido ha logrado el Japón se reconoce a nivel mundial, entregando a países en desarrollo un permanente apoyo en capacitación y especialización, tanto en el campo de la ingeniería antisísmica, como en el área de la sismología.

Estas condiciones naturales, muchas de ellas adversas, se relacionan directamente con la actitud de vida del pueblo japonés. El japonés está permanentemente previniendo alguna catástrofe. Se preocupa de mantener un pequeño stock de alimentos que permitan subsistir y todos los días se transmiten programas de radio y televisión que educan al respecto. No olvidan la terrible experiencia de 1923 (Kanto Yishin). En ese terremoto gran cantidad de edificios sufrieron destrucción total no sólo por efecto del sismo, sino por el gran incendio que abarcó gran parte del área urbana y que fue consecuencia de lo primero.

Largo sería analizar los aspectos históricos, sociales y económicos que también influyen, o han influido en las manifestaciones arquitectónicas del Japón, en una forma más directa.



Palacio Imperial. Kyoto.



Palacio de Conferencias de Kyoto. Vista lateral.



Mon, portón que conecta al patio con la calle.



Barrio Harajuku. Tokyo.



Palacio de Conferencias de Kyoto.



Acceso a restaurante tradicional de Kyoto.



Habitación con Tatami.



Detalle calle peatonal Kyoto.